

su mística perfección, y que ella se extasie en admirar la tuya. Sois tal para cual, dos nobles espíritus purificados por la adversidad, que derramarán uno sobre otro la luz que han recibido...

—Voy creyendo—dijo Santiago, descompuesto y nervioso,—que te burlas de mí, y esto no lo tolero, Fernando, no lo tolero... ¡Por los ajos de... por Dios, no abuses...» Me robaste, me traes aquí prisionero, y encima te chancas...

—Si no es burla, tonto... Te digo la verdad. ¿Y no sería el más bello complemento del cuadro que tú cantarás misa en Burgos el mismo día de la profesión de Gracia, y que...?

— ¡Que te calles! —gritó Ibero furioso, abriendo la portezuela,—que te calles, ó me tiro al camino para que las ruedas me pasen por el cuerpo y me acaben de una vez... Yo no voy á La Guardia... Me llevarás muerto, vivo no... Si profesa, buen provecho le haga... Suéltame, Fernando; suéltame por Dios, y déjame volver con los *mañeros* Padres... Eso si no quieres matarme aquí mismo, que sería lo más cristiano, lo más humano...»

XXXII

La entrada en Lérida puso fin por el momento á esta conversaci6n; mas no creyendo D. Fernando bien apurado el tema, mientras cenaban volvió á la carga en esta forma: «Esa vergüenza que de ir á La Guardia sientes ahora, se te irá disipando en el curso de este largo viaje... Y como no me parece natural ni decente que á la que fué tu señora, y ya lo es de Dios, y hermana de los ángeles, te presentes en una facha impropia de tu nuevo estado, conviene que pongas fin al crecimiento del bigote. Ni tú lo necesitas ya para presumir de caballero militar, ni yo para verte cara de var6n y figurarme que podemos batirnos. Ya no hay duelo... Mañana vendrá el maestro rapista para que te afeite toda la cara, dejándote como un can6nigo.»

Nada respondió el cautivo, contentándose con echar á su amigo miradas fulminantes. A la mañana siguiente subió el barbero á la estancia donde Santiago dormía, y á poco le vieron bajar despavorido y dando voces. El *señor aclerigado* le habia despedido como á los ladro-

nes, amenazándole con tirarle por las escaleras si no desfilaba pronto. Entró D. Fernando temiendo por la salud de su prisionero, y le halló muy destemplado y con cara de insomnio. Había pasado una noche cruel y sentía ganas de pelearse con *el Sursum Corda*. Notaba en su espíritu el renacimiento de la perversidad, y lo mejor que hacer podría su dueño, era soltarle para que á Papiol se volviese. Dijo Calpena que en principio aprobaba el regreso á la *Instrucción*, visto que era un hombre enteramente aferrado á su destino religioso; pero no se determinaba á soltarle aún porque creía necesitar de su alianza y ayuda para defenderse de un gran peligro que en aquel viaje, más allá de Zaragoza, se le había de presentar. Instado por Ibero á ser más explícito, dijo Fernando que por soplos de su espionaje y advertencias de amigos sabía de ciencia cierta que entre Tudela y Alfaro le preparaban una emboscada los *Tacaños* de Cintruénigo, y que ya se relamía de gusto pensando en la tunda que se iban á ganar los guapos de la *tacañería*. Lo que se animó Ibero con esta revelación no es para dicho: apretando los puños y estremeciendo el suelo con fuerte patada, afirmó que no había para él regocijo más grande que pelearse por la honra y la justicia.

•Y ello ha de ser tan serio, según mis noticias—añadió Calpena,—que tendré que prevenirme y llevar mayor golpe de gente, con un hombre de guerra que me la mande, porque también he sabido... y esto te lo digo con la mayor reserva... he sabido que el de Sariñán ha reclutado una mesnada con los perdidos más feroces de aquellas tierras, y que no queriendo aparecer como hombre que fia sus venganzas al brazo de la patulea, los presentará en batalla con color político, y bajo la enseña de Doña María Cristina nos embestirá, dándonos por partida ó mesnada del bando *ayacucho*.

—¿Has dicho mesnada? ¿Por ventura estamos en la Edad Media?

—¿Pero tú has creído acaso que España ha salido de la Edad Media y del feudalismo?... Señores feudales fueron los frailes y curas, y decretado que ya habían mangoneado bastante, ahora los feudales somos nosotros, los caballeros más ó menos ilustrados, que, protegidos por el Gobierno, hacemos lo que nos da la gana, hasta que viene otro Gobierno, y trae nuevos caciques que nos mandan á nuestras casas.

—Algo de eso había pensado yo... Pero explícame una cosa. ¿No está D. Baldomero bien seguro en su Regencia?

—¡Qué ha de estar, hijo mío! Media España,

por no decir los dos tercios de la Nación, se vuelve contra él, porque ya lleva largos días de mando, ¡dos años y meses! figúrate, y sus amigos se eternizan en el comedero. Es urgente echarle, y que venga otra vez la Gobernadora con la cáfila de moderados rabiosos, transidos de hambre. En Madrid, hasta los más fanáticos del *Progreso* están ya contra el Duque: Olózaga cerdea, López se amosca, y Fermín Caballero llama á una coalición á toda la prensa. No pasarán muchos días sin que se pronuncie algún regimiento; ó quizás división, con la bandera de volver las cosas al estado que tenían antes de Septiembre del 40, y entre tanto, verás cómo salen de debajo de las piedras partiditas que den el grito de *Cristina y moralidad, ó Abajo el ladrónico; mueran los Ayacuchos...*

—¿Y crees que el de Sariñán lanzará su cuadrilla con esa bandera?

—Con esa bandera, por presumir; pero con la intención de apalearnos, ya que no nos quiten la vida. Lo que desean es ponernos en ridículo, y presentarnos ante todo Aragón y Navarra como unos cobardes.

Tan tremendos fueron los golpes que dió Santiago en el suelo con su pie, que tembló toda la casa, y los que en la habitación de abajo comían creyeron que las vigas del techo se

quebraban, y el posadero subió de cuatro trancos á ver si los señores querían agujerar el piso para llamar á la servidumbre con más comodidad. Pidieron, en efecto, que se les diera de almorzar, y mientras lo hacían abajo, en la templada cocina, junto á un buen fuego, siguieron hablando del mismo asunto, y gozándose de antemano en los palos que habían de repartir. Por desgracia, no podían apresurar su viaje porque nevaba copiosamente, y el tiempo no tenía trazas de mejorar. Escribía D. Fernando larguísimas cartas á su madre y á la ideal Demetria; Santiago pasaba el tiempo tumbado en su cama, á ratos dormitando, á ratos zambullido en éxtasis ó meditaciones honradas. En ningún momento le sorprendió Calpeña rezando, y como en todo el viaje no le había oído hablar de santidades, ni mentar cosa alguna de liturgia ó temas teológicos, llegó á creer que lo de la vocación era una sombra, falaz apariencia... Mas hizo propósito de no hablarle de esto, dejándole en sus cavilaciones hasta que su sinceridad reventara por algún lado, y disfrazando su intención, solía decirle: «En cuanto demos el testarazo á los *Tacaños* de Cintruénigo, te suelto para que te vuelvas á Papiol, que ya te consume la impaciencia, y se te hacen siglos las horas que dilatan el cum-

plimiento de tu santo deseo.» Callaba Ibero, y como pudiese, llevaba la conversación á terreno muy distinto del de los dogmas y la orden sacerdotal, diciendo con seriedad y viveza: «Creo que con diez hombres nos bastará, con tal que sean de superior arranque, como los hay por estas tierras. En Zaragoza conozco yo más de cuatro fieras que se relamerían de gusto peleando á mis órdenes... Y hemos de poner mucho cuidado en elegir las armas, Fernando, pues la superioridad de éstas no es de menos valor que el coraje de los combatientes.»

Salieron una tarde en la segunda quincena de Diciembre; en Fraga encontraron la novedad de que se había roto el puente sobre el Cinca, y con este contratiempo y el horroroso frío viéronse obligados á pasar allí tristesísimas, solitarias Navidades... Hasta después de Reyes no pudieron seguir, y el tiempo seco y con hielos permitiéles avanzar bastante durante el día, acogiéndose de noche al abrigo de las ventas de Peñalba, Bujaraloz, Arroyales de Pina y otros pueblos. Pernoctando en Alfajarín, á cuatro leguas ya de la gran Zaragoza, hallábase Santiago en el subido punto de la melancolía negra, atacado de rebelde insomnio, con todas las apariencias de una opresora pasión de ánimo. Creyendo D. Fernando que pró-

xima al momento de su explosión estaba la sinceridad del *ángel negro*, y que el mayor favor que hacérsele podría era darle un golpecito para que estallara más pronto, le dijo: «Los síntomas de tu cara, de tus ojos y de tu respiración revelan que quieres confesarme.. no sé qué, y que te faltan bríos para sacarlo de la hondura de tu pecho. Vamos, hombre, atrévete, y vomita...»

—Pues así es, y de hoy no pasa el que yo suelte una verdad que no he sacado antes porque me daba vergüenza. No se trata de acción mala, sino de un error, de un fingimiento mío, que entiendo me cubre de ridiculez si no te lo confieso pronto... Ya me has adivinado... Pues sí, *chiquito*, bien puedes decir que la querencia religiosa que yo siento ahora te la claven en la frente. Y hay más: no sólo no la tengo, sino que me voy convenciendo de no haberla tenido nunca. Si me metí en esa vida, dejándome llevar por los que así creyeron hacerme un bien.. y sabe Dios que lo agradezco... si me colé hasta llegar al punto de idiotéz en que me has visto, fué por efecto de mi tristeza y del sentimiento de mi grosería y falta de caballerosidad en el asunto de Gracia. Me metí en la iglesia como el criminal que cree librarse en lugar sagrado de los demonios burlones que le persi-

guen; como el avergonzado y desnudo que se mete en los sitios más oscuros para que no le vean; como el leproso que se zambulle en la piscina creyendo que allí se ha de curar de sus lacerias.

—Gracias sean dadas á Dios, Santiago— dijo Calpena abrazándole, —por habernos traído á esta inteligencia, pues yo sospechaba lo que acabas de decirme, y deseaba no equivocarme... Bien fundadas eran mis sospechas. Tu misticismo ¿qué era más que la desesperación?

—Justo: desesperación negra, más negra que la que nos lleva á pegarnos un tiro... porque el cuento es que yo no quería morirme, sino quedarme en la tierra... en fin, yo no sé lo que quería... ¿Por dónde salir de aquella cueva espantosa en que me había caído? Pues ví un agujero, el único agujero practicable, y por él me metí. Los amigos que me arrastraban á la santurronería hacíanlo de buena fe, y de buena fe me dejaba yo llevar, creyendo que me darían la paz... En Papiol perseveraré más en mi equivocación, y tan ciego estaba, y tan sorbido me tenían el seso los Padres, que no concebía ya para mi mejor vida que aquélla. Cuando me sacaste túveme por desgraciado... Pero el aire libre, hijo de mi alma; el tiempo, la influencia de tí, el ver otras caras, el correr por estas

tierras, me han despejado el caletre... Ya veo el mundo, me veo á mí mismo de otro modo, y si cuando pasábamos por Esparraguera y por Igualada, donde á mi parecer se sentía el tufillo de Papiol, se me iban allá los ojos del pensamiento, ahora me espanta la idea de volver atrás.

—Bien, *ángel negro*, bien. Dios, por mediación de este amigo indigno, te aparta de la vocación falsa para traerte á la verdadera... Ya despunta el día. ¿Tienes tú sueño? Yo no: visámonos, mandemos á nuestra gente que enganche y ensille, y vámonos á Zaragoza, donde algo has de ver y oír que te interese. ¿Qué es? Aquí no quiero decírtelo. Es pronto. Vámonos.

XXXIII

Por el camino contó el Coronel que los Padres de San Quirico no le dieron jamás motivo de queja, sino de gratitud y estimación. Eran muy buenos y le instruían con amor, luchando, eso sí, con la incapacidad del neófito para los latines y para las lecciones teológicas. Nada de aquello le entraba en la cabeza, y cada día se iba convenciendo de que nunca sería más que

un pobre curángano de misa y olla. Pruebas de cariño habíanle dado los sacerdotes, y él por su parte pensaba, en la primera ocasión que se le presentase, demostrarles su afecto. La regla era muy rigurosa, y épocas había en el año en que le mataban de hambre. En los rezos era tan torpe, que á cada momento se equivocaba, ocasionando grandes desazones á los maestros, y renegando él de su falta de memoria. Más de una vez les propuso que no le criaran para las órdenes mayores, sino que le tuvieran allí como familiar ó lego, y él les cuidaría el jardín, única cosa para que servía, pues otros menesteres de lavar ropa, coser y afeitar no le encomendaran al hijo de su madre.

Dijo también que los Padres, con toda su mansedumbre y sus austeridades, conspiraban á más y mejor. Dos veces por semana iban allí D. Magín Cornellá, el Sr. de Ramoneda y otros pájaros gordos de Barcelona, de cuyos nombres no se acordaba. Sólo sabía que algunos eran ó habían sido carlistas, y otros, liberales de los que imitan el andar ladeado de los cangrejos. El enjuague que se traían aquellos señores con los *papiolistas* y otros clérigos muy apersonados que venían de Manresa, de Vich ó de Tarragona, era formar un potente bando político religioso que apoyase el casamiento de la Reina

con el hijo de D. Carlos, para que así quedara triunfante la santa religión. Este partido rechazaría el casamiento con cualquiera de los hijos del Infante D. Francisco, pues ambos, á lo que parece, están dañados de masonismo, y masona es también la Infanta Carlota... Se trabaría también contra la candidatura del Coburgo, pues de éstos ya se sabe que no vienen aquí más que á comer, y á cajas destempladas había que despedir á todo príncipe extranjero, ora fuese tudesco, ora napolitano. A los hijos del Rey de Francia, nietos de *Felipe Igualdad*, cañazo limpio; á los de Portugal, contra una esquina; y á todo protestante, un portazo en las narices. No había más Rey consorte que el hijo de Carlos V, con lo que de las dos legitimidades se hacía una sola. De esto trataban, y ésta era la razón del entrar y salir de recaditos y mensajes. Creía Santiago que su Rector era el que llevaba la correspondencia con la Magestad de Bourges y quien recibía órdenes del señor D. Fernando Muñoz; mas de ello no tenía pruebas. Dábale el olor de estos guisados, pero como él no había de catarlos, jamás quiso meter sus narices en la olla.

—Ahora echo de menos—dijo D. Fernando, —que no hubiéramos dado una carrera en pelo á los Padres, para que fueran á contárselo al

proscripto de Bourges y al Sr. de Muñoz... Pero es mejor que los perdonemos la vida, y que no nos ocupemos de esas pequeñeces de la cosa pública. Vengamos á lo nuestro, que es lo grande. Agradéceme, Santiaguillo, que te haya sacado del poder y compañía de esa gente, que habría hecho de tí un muñeco negro. Otros podrán ser excelentes sacerdotes; tú no lo habrías sido nunca. Y por hoy nada más te digo. ¿Qué pienso hacer de tí, me preguntas? Respondo que en Zaragoza lo sabrás.»

De noche entraron en la por tantos títulos gloriosa ciudad, y se alojaron en la posada de las Ánimas, feligresía de San Pablo, el barrio popular, heroico y baturro, que tanto Ibero como Santiago amaban por todo extremo. Lo que el asendereado *ángel negro* vió y sintió en la mañana del siguiente día, no bien se abrieron sus ojos después de un profundo y reparador sueño, es episodio de extraordinaria importancia que merece lugar preferente en estas historias, y no ha de pasar una línea más sin referirlo con todos sus pelos y señales. Despertó el hombre en la cama de canónigo que le destinaron, y esparciendo sus miradas por el aposento, que era grandón, bajo de techo y alumbrado de luz de la calle por dos ventanas, vió cosas que al punto tuvo por fantásticas,

error de sus sentidos y burla de su imaginación. Se incorporó en el lecho, observando con estupor lo que veía, y no satisfecho aún de su examen, se lanzó de entre las sábanas y tocó los objetos, cerciorándose de que eran efectivos y reales. En un sofá de paja, vió y tocó su levita de coronel, nuevecita; en una silla próxima estaba el pantalón, y aquí y allí el capote, morrión, espada, tahalí, botas, espuelas y todo el arreo militar de su categoría, para traje de campaña. Vistas y tocadas cien veces las prendas, las encontró superiores, y sin ponerse nada, todo le pareció á la medida. No se sabe á dónde habría llegado su confusión si no viera entrar muy oportunamente á D. Fernando, que con su franco reír se dió á conocer como autor del bromazo.

Chiquio—dijo Ibero,—me asaltó la idea de que mientras dormía, unos serafines sastres (que también de ese oficio los habrá) me habían tomado medidas y...

—Deten tu fantasía—respondió el otro,—y ve aprendiendo á ver las cosas como son. Aquí no hay más serafines que nosotros. Esa ropa te la hice en Barcelona por mis medidas, que creo exactamente iguales á las tuyas, y allí compré la espada y demás. Eso te prueba las intenciones que traigo desde allá, y mi propósito de

arrancarte del molde nuevo y volver á meterte en el viejo molde.

—Por los ajos de Corella, que has estado acertadísimo, previsor, y que eres mi ángel... Me has resucitado, *¡maño!* y esta nueva vida á tí te la debo... Maestro, ¿y ahora...?

—¿Pero aún dudas lo que tienes que hacer? Vístete sin tardanza, y veamos si alguna pieza necesita reforma.

—Me vestiré, sí... ¡Qué gusto, qué honor! ¡Vuelves á cubrir mis pobres carnes, oh ropa de mi salud, de mi vergüenza y de mi dignidad!... Bendito sea quien me ha resucitado... Ello es como lo digo: abro los ojos después de un largo y estúpido sueño; salgo de un hoyo lóbrego, pestilente, y al despertar, veo y siento que he vivido muerto... No sé expresarlo de otro modo. Tú, Fernando, grande amigo, has venido á mi sepultura y me has dicho: «Lázaro, levántate;» y he sido yo un muerto tan mentecato, que á los primeros gritos tuyos no he querido levantarme... Era la pereza, hijo, la pereza de esta muerte, ó de este dormir bobo... ¿Con que á vestirme? Pero antes quisiera afeitarme, si no te parece mal. Mira, mira cómo medran estos pelos del bigote. Cada vez que me afeitado resaltan más, y antes de quince días estarán como antes de que me metieran en el

hoyo profundo... ¡Por el Cirineo de Cascante, que estoy contentísimo!...»

Media hora después, viéndole vestido y satisfecho de la elegancia y bizarría de su marcial facha, D. Fernando le anunció que vendría un sastre á corregir las imperfecciones de la hechura. Era Santiago bastante presumido en la vestimenta militar, y no perdonaba la menor falta. Aquel día no fueron pocos los reparos que puso al pantalón y las correcciones que señaló en la espalda, cuello y otras partes de la levita; pero reventaba de gozo infantil, y los defectos de la ropa no le impedirían echarse á la calle. A la pregunta de Calpena sobre el objeto de su salida, respondió así: «Pues, *chiquio*, de aquí me voy dereshito á la Virgen del Pilar, á quien tengo que decir que si ella no quiere ser francesa, á mí no me peta ser cura, y que me perdone el haberla engañado con tantos rezos como le eché, diciéndole que me metía en lo religioso... Hociaré un poco en el pilar que he besado tantas veces de niño y de hombre, y ahora he de besarlo con más devoción que nunca, porque yo soy muy buen hijo de la Pilarica, y le debo haber salido sin un rasguño en cien combates; le debo más, Fernando... porque nadie me quita de la cabeza que es ella la que mandó á su ángel, á tí, á sacarme de aquel

pozo en que me metieron mis horrendas melancolías, á despertarme de aquel sueño, de aquel error en que he vivido como los muertos no sé cuántos meses, que hasta la duración de mi estúpido letargo se me ha ido de la memoria. Y ya que voy al Pilar, no saldré de la iglesia ¡maño! sin arrancarme ante la Señora con un sin fin de peticiones; gollerías, hijo, que sólo á ella me permito proponer, pues con Dios no me atrevo... francamente. La Virgen sí, la Virgen no le niega nada á un buen militar español... En fin, allá veremos. Si quieres acompañarme, nos iremos luego al café del Coso.»

Respondió Fernando que ante todo tenía que ir á casa de la señora Marquesa de Lazán, prima de su madre, donde encontraría, según lo concertado con Demetria, las cartas de La Guardia. Desde la casa de Lazán, en la Pabostria, pensaba ir á la Seo, donde tenía que entregar una ofrenda que su madre le encomendó para el Santísimo Cristo que allí se venera; luego al Pilar iría con otra ofrenda. En la basílica acordaron, pues, los dos caballeros reunirse, y de allí, terminadas las devociones, se irían á un café, después á otro, hasta encontrar á sus buenos amigos militares, de guarnición en la plaza.

XXXIV

Cumplido el programa tal como por la mañana lo indicaron, comieron los dos caballeros con varios oficiales en la Fonda Nueva, establecida en la calle de San Gil, y hasta la noche no les fué posible zafarse del lazo cariñoso que la amistad les echaba para retenerles. Al verse solos en su posada, D. Fernando y el Coronel soltaron la sin hueso, que no era poco ni balañdi lo que tenían que decirse. El que provocó las explicaciones fué Ibero, diciendo: «Grande es tu idea. Has querido resucitarme y volverme á la vida militar, porque adivinaste la falsedad de mi inclinación á la religiosa, y me has traído, como se trae á los locos ó enfermos, con sutiles engaños. Pero has de dejar á un lado ya la farsa piadosa, porque resuelto yo á obedecerte ciegamente, lo mejor para conducirme será la verdad.»

Respondió el caballero reconociendo los artificios hasta entonces empleados, y ofreciendo que no se repetirían, pues ya no tenían objeto. Resucitado el amigo, ya no restaba más que dar á la conciencia de éste la definitiva paz. La

falta gravísima de Santiago Ibero, causante de todo su trastorno, no podía ser borrada más que con el perdón de la ofendida niña de Castro, y para que aquél tuviese la debida solemnidad y eficacia, era forzoso que el pecador, apadrinado por su amigo, fuese á La Guardia...

Sin dejarle concluir, propuso Ibero que todo aquello del perdón solemne se hiciese por escrito, pues era para él muy duro dar la cara después de su mal comportamiento... No, no mil veces: la idea sólo de verse ante Gracia le turbaba de tal modo, que de fijo no podría, no, afrontar la presencia de la dama ofendida, de aquel ángel de paz y de amor, sin perder el conocimiento. Salió D. Fernando al encuentro de estas razones, diciéndole que considerase los hechos en la nueva situación creada por el tiempo; ya no era Gracia la enamorada doncella, herida por un cruel desaire de su amante; ya casi casi no era mujer, sino criatura celestial, digna de ser puesta en los altares, y ante ella no había que sentir vergüenza, sino anhelos de mística adoración. Ni una palabra le diría la santa niña que pudiera lastimarle, ni de sus labios purísimos saldría la menor referencia ó recuerdo del lamentable caso. Podía, pues, el caballero resucitado ir á La Guardia con la mayor tranquilidad, y para que no le

quedase ningún recelo, le mostraba la carta de Demetria que había recogido por la mañana en la casa de Lazán.

Ávidamente leyó Ibero la epístola. Escrita por la mayorazga con puntual observancia de las instrucciones que desde Lérida le había dado D. Fernando, en síntesis decía que se despojara el *caballero negro* de toda cortedad al presentarse á las niñas de Castro, pues ningún desabrimiento había de recibir en la visita, sino un gusto inefable, como el que ellas tendrían de verle. El olvido de las ofensas era la virtud de las almas grandes. Las dos hermanas extremarían ante el Coronel la cortesía y afabilidad que emplear sabían con todos los buenos amigos de la casa. Dispuesta ya Gracia para tomar el camino de las Huelgas de Burgos, á donde la llamaba su destino, ó por hablar mejor, los divinos brazos del único esposo digno de tal doncella, esperaba que Ibero llegase antes de su partida, para decirle adiós y manifestarle su fraternal afecto... Algo más decía la carta en explanación de estas ideas. No se hartaba Santiago de leerla, y de todo cuanto decía se penetró, teniéndolo por la misma verdad, sin sospechar el gracioso engaño con que la mayorazga le facilitaba la vuelta al amoroso redil. Tal era el carácter candoroso y leal de aquel

hombre, que en su mente no penetraba la malicia sino con gran trabajo, y para todas las ideas nobles y puras, aunque fueran mentirosas, estaban abiertas de par en par las puertas de su alma.

Después de mirar al suelo y al techo sucesivamente, echando para arriba y para abajo tremendos suspiros, Ibero se levantó y dijo: «Pues vamos á La Guardia... Podrá ese ángel de Dios tratarme con la piedad que dice su hermana... no lo dudo, pues ella lo declara.. ¿Mas quién me asegura que Navarridas y mi tío no dirán al verme: «Cómo tiene cara este canalla sin vergüenza para venir acá»? En fin, ¿tú lo mandas? ¿Las niñas lo mandan? Pues ya estamos en camino... Pero no precipitemos la marcha, querido Fernando, y demos tiempo á que el bigote se me desarrolle en toda su totalidad, porque... formalmente te lo digo... de mí obtendrás todo lo que quieras, menos que yo me presente en La Guardia con cara de cura, ó de semi-cura...»

A esto objetó D. Fernando que no podían dilatar el viaje, porque Gracia el suyo á Burgos detenía por esperarles, y no era propio de caballeros ocasionar desavío á mujer de tal calidad por razón tan frívola como el tamaño de unos bigotes. Y aun podría ser que hallán-

dose Gracia transformada en sus gustos, viera con mejores ojos las caras rapadas que las pe-ludas... No se dió por convencido Ibero, que en todo transigía menos en aquel punto delicado, y acordaron salir al día siguiente, reservándose acelerar ó contener su andadura según el grado de lozanía que se fuera observando en el crecimiento del mostacho.

Al partir muy de mañana, en coche, por el Portillo, á tomar la carretera, dijo Ibero á su amigo: «Anoche, querido Fernando, no he podido dormir pensando lo que vas á saber. Se me metió en el magín la idea de que á mi adorada Gracia le ha pasado lo que á mí. ¿No entiendes, hombre? Pues que se ha caído en el pozo, como me caí yo, que la han enterrado, que es una pobre muerta, y que tú debiste emprender, antes de venir por mí, la grande obra de sacarla, ó resucitarla, ó despertarla, que de todas estas maneras puedo decirlo... Aún será tiempo, chico. Sácala, por los ajos de Corella... Se me figura que la Virgen del Pilar no habría de ofenderse... Todos nos alegraríamos; y que la dren de rabia las *mañeras* monjas de Burgos.